

# Carreras de artesanos y mercado de trabajo en Turín (siglos XVIII-XIX)\*

Giovanni Levi\*\*

En los debates sociológicos sobre la estratificación de la sociedad preindustrial del Antiguo Régimen,<sup>1</sup> la movilidad social aparece comúnmente más como la excepción que como la regla. En general la sociedad preindustrial aparece como una sociedad cuyos miembros están sujetos a un orden rígido, tan cerrado en el plano simbólico y material que se podría asimilar a las castas, a jerarquías cerradas pesando de manera determinista sobre los individuos.

Es cierto que los sociólogos siempre se han interesado por algunas formas de movilidad: la descendente que transforma al campesino propietario en mediero o la del noble que cae en la ruina. Pero también han insistido en la existencia de instituciones que protegen el estatus social y el lugar de los diferentes órdenes, preservándolos de los efectos de las crisis económicas. Paralelamente a la movilidad descendente, han identificado movimientos ascendentes, en particular los que traen una renovación de las élites. Sin embargo, aun en ese caso, consideran que no había fusión real entre el grupo de la élite anterior y las fuerzas ascendentes, que los privilegios simbólicos, casi como para una casta, no eran accesibles más que por herencia, y que los dos grupos permanecían diferenciados uno del otro por el comportamiento, el estilo de vida y el prestigio. Con el artesanado sucedía lo mismo, el sistema de corporaciones parece suministrar la prueba de una estructura controlada de forma rígida, dominada por reglas internas y regulaciones legales que funcionaban como válvulas que condicionaban la entrada en la profesión.

<sup>1</sup> D. Rose ed., *Social Stratification and Economic Change*, Hutchinson, Londres, 1988, pp. 11-38.

\**Annales ESC* noviembre-diciembre, número 6, pp. 1351-1364.

\*\*Universidad de Venecia

Esta rigidez aparente de los distintos grupos sociales es de todas formas equívoca, no solamente porque su permeabilidad y su eficacia variaban de un lugar a otro, sino porque debemos tener en cuenta que ese sistema rígido suponía e implicaba una red más vasta de individuos exteriores a la corporación. La impresión superficial de fijación no debe hacer olvidar esa base social móvil, fluctuante —que iba de campesinos sin tierra y de mendigos a niños desheredados o abandonados, de viudas y viejos a cojos y desviados. Esos grupos no constituían un mundo totalmente escindido del de las corporaciones, a pesar de las restricciones legales, las regulaciones y los privilegios que les limitaban el acceso.

En resumen, la imagen tradicional presenta una sociedad en la que, esencialmente, la movilidad social era inexistente, salvo cuando cambios estructurales mayores obligaban a una reorganización radical: un sistema rígido y cerrado periódicamente animado por fases de movilidad estructural. Así en el curso del tiempo, la élite debía reclutar nuevos miembros fuera de sus rangos, aunque no fuera más que por razones demográficas simples: no habría podido reproducirse sin aportes exteriores. Más generalmente, cambios en la estructura de empleo entrañaban una movilidad «forzada» que concernía a individuos prófugos de los oficios y los sectores desaparecidos o en crisis, y penetraba las profesiones y las ramas donde se abrían nuevos espacios. Es solamente en ese ángulo, estructural, que se considera que la sociedad del Antiguo Régimen tenía una tasa de movilidad relativamente elevada: se admite que el crecimiento de la burocracia del Estado, la difusión de la industria y la evolución de contratos en la agricultura producían una importante movilidad forzada. En cambio, se atribuye a esa sociedad una débil movilidad (el remanente de la movilidad de conjunto una vez deducida la parte de la movilidad estructural). Para emplear los términos de Goldthorpe, se podría decir que la sociedad preindustrial tenía una movilidad profesional absoluta bastante importante, pero una movilidad relativa muy limitada.

Por otra parte, debemos reconocer que la mayoría de las preguntas, a las cuales sometemos habitualmente los mecanismos de movilidad, son simplemente anacrónicas e incapaces de proporcionar una descripción adecuada y realista de los comportamientos y las motivaciones de las poblaciones. En las sociedades donde la desigualdad de niveles de vida y la desigualdad de oportunidades son muy marcadas, deberíamos estar más atentos a las diferencias que tienen los individuos en el derecho a un estatus. Quiero decir aquí que las preguntas clásicas (aquellas que aspiran a medir cuántas personas pasan de un nivel a otro) presuponen la existencia de una coheren-

cia general del sistema social y permiten hablar de clases ordenadas en forma discreta y jerárquica. En realidad, tenemos sociedades que, en materia de estatus, están llenas de reglas fragmentarias e incompatibles entre sí. De esa forma, están cruzadas por un movimiento continuo de trayectorias individuales de movilidad interna a los grupos, que sólo una perspectiva anacrónica y dogmática considera como homogéneo. La movilidad, la selección por méritos, no se produce solamente de un grupo a otro: reposa también sobre los éxitos o los fracasos de los individuos dentro de su grupo. Es nuestro esquema abstracto de la estratificación el que convierte estos movimientos en unidades elementales y homogéneas.

La misma impresión de incoherencia se desprende al examinar las apreciaciones y las aspiraciones subjetivas en materia de movilidad, objetivos y balances individuales, o al buscar asir las imágenes de la sociedad que sostienen los deseos de movilidad de los individuos. Si una visión macroscópica de la movilidad puede ser útil para desarrollar comparaciones internacionales en materia de fluidez social, ella tiende, en consecuencia, a ocultar los mecanismos reales, las causas y los efectos que están actuando a través de los objetivos de los individuos. En suma, la aproximación clásica, que presupone, como ella lo hace, una escala única de prestigio que ordena toda la estratificación, torna oscuros los factores reales de cambio.<sup>2</sup>

Los historiadores por lo contrario han erigido progresivamente un retrato diferente de la Europa preindustrial: así las pruebas de una intensa movilidad geográfica no concuerdan con la imagen de una sociedad inmóvil. La naturaleza del mercado del empleo, que cambia sin cesar, y puede diferenciarse fuertemente de una generación a otra, plantea preguntas de orden social y demográfico si se le inserta en el cuadro de una sociedad jerárquica rígida. Cómo se entra en un oficio dado, un estrato dado, cómo se mantiene esa posición, qué carrera se sigue en el curso del ciclo de vida: tantas preguntas que arrojan dudas sobre la visión de una sociedad fija y determinista, y sobre las conceptualizaciones sociológicas tradicionales de la estructura social del mundo preindustrial.

La herencia y la adquisición parecen estar más unidas una a la otra de lo que generalmente se puede pensar. Y la rigidez de las demarcaciones entre los diferentes oficios y empleos en el curso de la vida es a menudo más aparente

<sup>2</sup> Sobre este punto, ver las posiciones divergentes de autores como S.M. Lipset, *Political Man*, Heinemann, Londres, 1960, y D.V. Glass ed., *Social Mobility in Britain*, Routledge, Londres, 1954 y la discusión desarrollada en la introducción a J. Goldthorpe ed., *Social Mobility and the Class Structure in Modern Britain*, 2da. edición, Clarendon Press, Oxford, 1987.



que real. En las profesiones que necesitaban un largo aprendizaje, la gente tenía la posibilidad de cambiar de actividad, y no se privaba de hacerlo.

Hasta ahora pocos estudios han abordado estos problemas, las fuentes quedan por descubrirse y el cuadro conceptual por construirse. Elaborando este último, los historiadores contribuirán de manera decisiva a erigir un retrato más realista de las sociedades del pasado e, indirectamente, a minimizar los elementos de novedad que introdujo el capitalismo en materia de fluidez social.

Representar la posición social plantea preguntas. Las numerosas dimensiones de la estratificación están constantemente entremezcladas: ocupación y prestigio, edad y papel, fortuna y origen familiar, posición local y simbólica, redes de relaciones e imagen de sí, cada una contribuye a complicar el cuadro. Es necesario siempre tener en cuenta esos diferentes factores y estudiar cómo interactúan para formar un sistema.

\*

El objetivo de este artículo es desarrollar esos temas generales relativos a la movilidad, desde el ángulo de ciertos problemas demográficos específicos — sin negar el papel fundamental que desempeñan también las representaciones de lo social— y los conflictos que los unen.

Tomando en cuenta que los parámetros demográficos actúan atrás de todo mercado de trabajo, es difícil pensar en términos de transmisión de oficios de padre a hijo. Igualmente en un mercado de trabajo imaginario que fuera totalmente estático, una transmisión automática exigiría que cada padre tuviera un hijo (uno solo). Evidentemente, ni la fecundidad ni la mortalidad funcionan tan cómodamente y hacen que dentro de una sociedad perfectamente inmóvil, es decir, caracterizada por una fluidez social nula, la relación entre la profesión del padre y la del hijo sea bastante más compleja que un simple asunto de transmisión de uno al otro. En otro contexto yo sugerí (a manera de crítica a los historiadores de la familia y en particular a Peter Laslett) que sea introducido el concepto de frentes de parentesco,<sup>3</sup> es decir, que la unidad de observación sea ampliada más allá del grupo doméstico de coresidencia. Podríamos descubrir que un grupo de parentesco (consanguíneo más amplio o por alianza) estaba implicado en estrategias comunes de transmisión de oficios (cruzadas también, aunque verticalmente) de la misma manera que se enganchaba en un sistema de

<sup>3</sup> G. Levi, *Le pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémonte du XVII<sup>e</sup> siècle*, Gallimard, Paris, 1989, pp. 53-96.

reciprocidad generalizado de ayudas bajo formas de trabajo, de dinero o de servicios (ayuda recíproca que no aparece como intercambio explícito, es decir, en las actas notariales, hasta después de un cierto tiempo).

Aun pensando en ese contexto más amplio, el problema sigue siendo complejo, ¿cómo reproducía cada generación un nuevo sistema profesional? ¿Cómo, más precisamente, la oferta igualaba a la demanda, a pesar de la confusa masa inicial de esperanzas, de esperas y anticipaciones con las cuales se lanzaba cada individuo y cada familia? Por ejemplo, los jóvenes artesanos deben esperar todo el tiempo de su largo aprendizaje antes de estar seguros de poder practicar su oficio; y los jóvenes campesinos permanecen pacientes durante años antes de tener la certeza de que habría suficiente tierra para todos los herederos. En otros términos, ellos se enfrentaban a un futuro muy incierto, y elegían sin duda a veces una actividad diferente de la que habían imaginado. Conviene preguntarse si se trataba de un fracaso que llevaba inevitablemente a la marginación, o si la elasticidad y la fluidez social no eran más grandes de lo que se piensa generalmente. La respuesta del historiador debe, por supuesto, asir ese problema en toda su complejidad, y no contentarse con la medida simplista de la transmisión de oficios de padres a hijos. Su modelo debe dar cuenta también de la libertad y de la incertidumbre de las presiones (más o menos conscientes) que se presentan en materia de elecciones profesionales. Naturalmente, las presiones no son las que provienen de la demanda específica de una actividad particular en una ocasión dada sobre un mercado de trabajo, sino solamente las que resultan de la oferta: son las que están ligadas no a la estructura económica del mercado de trabajo, sino a las imágenes y a las elecciones subjetivas que los agentes tienen de su evolución en el futuro.

La cuestión de saber cómo la oferta de trabajo influía la demanda merecería, por otra parte, un estudio. ¿La oferta de trabajo era realmente ilimitada en las sociedades preindustriales? Aparte de casos como —ciertamente excepcionales— el de la servidumbre en Polonia, considerada con razón como ejemplo de una extraordinaria rigidez en la oferta de trabajo en el sector no agrícola, o las situaciones de contracción temporales de oferta de trabajo posteriores a las grandes pestes. Excepto esos casos excepcionales, no conozco un estudio que muestre el papel (positivo o negativo) de la oferta de trabajo en el desarrollo de tal o cual industria o especialización agrícola, asimismo en los casos de actividades que no están particularmente calificadas. Sin embargo, la célebre tesis de Ester Boserup está construida en torno a ese problema. Invirtiendo la hipótesis malthusiana, ella ve en una mejor utiliza-

ción de los recursos disponibles (trabajo y tierras), el hecho del crecimiento demográfico, el mecanismo que arrastra el progreso técnico. Según ella, la oferta de trabajo modificada por la presión sobre el consumo, culmina en transformaciones positivas sobre el mercado de trabajo en su globalidad.<sup>4</sup>

\*

Desearía ahora abordar la siguiente cuestión: ¿cómo complejizar la visión clásica de la relación entre el oficio del padre y del hijo; cómo modificar los términos de la cuestión de manera que no sea más un simple asunto de reproducción mecánica, sino que además cuenten la cultura y los estilos de vida? Dicho de otra manera, ¿cómo adopta un individuo una profesión totalmente diferente a la de su padre, con la cual tiene en común una especie de «aire de familia»? Recurrí a una fuente del Antiguo Régimen que no fue jamás utilizada sistemáticamente por los historiadores —las declaraciones que hacen sobre su fortuna los testigos de matrimonio (garantes del estado de soltería de los dos futuros esposos).

Los datos que voy a presentar no son más que ejemplos, cubren periodos muy diversos, y sirven en primer lugar para ilustrar la riqueza de la fuente. Las profesiones indicadas son ilustrativas. Los testigos declaran su apellido, nombre, el nombre de su padre, lugar de nacimiento, la duración de su residencia en Turín, su ocupación y el monto de su fortuna (dato aproximativo más fiable), después firman. El siguiente cuadro (donde se postula la ausencia de cambios profesionales en el curso del ciclo de vida), cruza la edad con la profesión y la fortuna. Suponiendo que la fortuna media del grupo de edad 30-39 años constituye un índice 100, construí, para cada profesión, los índices referidos a los cambios de riqueza según la edad. A esta curva patrimonial la definí como una «carrera» (cuadro 1).

No quiero detenerme en estos datos, sino simplemente subrayar que los diferentes oficios divergen no solamente por su nivel de fortuna, sino también por la evolución de la misma con la edad. Así, ciertas profesiones conocen un muy buen comienzo del ciclo de vida, después devienen menos rentables; otras progresan de manera lineal, e incluso ven su curva aumentar hasta las edades maduras y después decrecer; otras en fin, permanecen relativamente constantes a lo largo de su existencia. Independientemente del grado de precisión o imprecisión de mis datos, la hipótesis que espero adelantar al final de mi investigación sobre los artesanos de Turín es la siguiente: no es la actividad del

<sup>4</sup> Ester Boserup, *Evolution agraire et pression démographique*, Flammarion, París, 1970; *Population and Technology*, Basil Blackwell, Oxford, 1981.

CUADRO 1. Algunos ejemplos de «carreras» patrimoniales												
Carreras	En liras piamentesas					Indice (30-39=100)				%	% con el título de señor	
	(1683-1727)	20-29	30-39	40-49	50-59	≥60 años	20-29	30-39	40-49			≥50 años
Cerrajero	515	1040	855	250		49.5	100.0	82.2	24.0		62.6	-
Sombrerero	900	964	750	600		93.4	100.0	77.8	62.2		53.0	-
Pasamanero	400	708	618	601		56.5	100.0	87.3	84.9		65.3	2.2
Sastre	1269	1893	1113	1132		67.0	100.0	58.8	59.8		70.9	26.4
Peluquero	1020	1525	2100	1550		66.9	100.0	137.7	101.6		95.6	65.2
Pequeño propietario agrícola	308	1300	1132	1077		23.7	100.0	87.1	82.8		20.0	-
Notario	800	1410	1960	3470	1030	56.7	100.0	139.0	246.1	73.0	100.0	100.0
(1683-1727)												
Cirujano	733	2718	1075	1017		27.0	100.0	39.6	37.4		100.0	100.0
Hombre de leyes	-	5338	5800	6660		-	100.0	108.7	127.8		100.0	100.0
Posadero	807	758	1020	1467		106.5	100.0	134.6	193.5		55.9	-
Gañanes	-	883	851	863		ff	100.0	96.4	97.7		46.7	-
Criado doméstico	1628	1421	1631	1550		114.6	100.0	114.8	109.1		74.2	16.1
Tendero	733	899	850	650		81.5	100.0	94.5	72.3		34.5	-
Tejedor (terciopelo)	862	936	1026	814	325	92.1	100.0	109.6	87.0	34.7	68.1	-
(1753-1792)												
Cerrajero	714	1357	1162	881		52.6	100.0	85.6	64.9		88.5	-
Sombrerero	716	762	900	514		94.0	100.0	118.1	67.5		78.9	-
Peluquero	1700	1933	2537	1576		87.9	100.0	121.9	81.5		79.1	-
Tejedor (terciopelo)	750	761	1108	503	350	98.6	100.0	145.6	59.3	46.0		68.3
Porcentaje con el título de «señor» según la edad												
(1683-1727)												
Tejedor	4.2	23.3	30.0	34.4								
Criado doméstico	4.0	21.3	28.6	29.7								

padre la que influye directamente en la elección profesional del hijo; lo mismo que la correlación entre la fortuna del padre y la de su hijo es ciertamente fuerte, pero está lejos de ser perfecta. En cambio, la correlación más significativa concierne a la forma de la curva del ciclo de vida patrimonial del padre y del hijo —en otros términos, es ella la que une el tipo de «carrera» adoptada por las dos generaciones, sin que haya entre ellas una correlación fuerte en las profesiones mismas.

Mi investigación, está en el nivel de las premisas, cubre la historia de vida de 10 248 artesanos turineses registrados en el censo de 1792. La ocupación francesa y el largo periodo de guerra trajeron una transformación completa en la gama de actividades disponibles: muchas desaparecieron (peluqueros), otras progresaron considerablemente. Pero a pesar de eso las elecciones profesionales de las jóvenes generaciones, tan heterogéneas como son, parecen estar fuertemente influidas por la curva (pero no por el nivel) de riqueza de su padre.

Por ahora, en el estado de la investigación, no quiero avanzar resultados. Prefiero dejar a estas consideraciones la forma de ejercicio, quiero proponer esta perspectiva como una hipótesis a verificar: más que una

continuidad en el marco de la misma actividad, existe una fuerte correlación entre las formas de carreras del padre y de los hijos, lo mismo en el caso de oficios extremadamente diferentes. Subrayemos que esto no resulta simplemente de una permanencia en el mismo estrato social que el padre (es decir el artesanado), sino más bien de una elección mucho más fina en el seno de las diferentes profesiones artesanales. Los datos tienden a demostrar que la estimación de los hijos en el momento que deben comenzar a ganarse la vida y la manera en que deben establecer sus ingresos en el curso de su existencia, está fuertemente influida por la curva de ingresos de su padre, que ellos han podido percibir a través de su estilo de vida.

Las tasas de instrucción varían de un oficio a otro, (y parecen por ejemplo haber crecido rápidamente entre los sombrereros y cerrajeros), pero no parece haber relación sistemática entre la instrucción y la elección de un oficio. Más interesante es la observación según la cual la edad es un determinante importante de prestigio: es ella, y no la profesión lo que hace que se reciba o no el título de *señor*. En las dos muestras examinadas, el número de hombres a los cuales se atribuía ese título crece regularmente con la edad.

Estos comentarios dispersos pueden dar una idea de la riqueza de nuestra fuente para el estudio de la estratificación y la movilidad inter e intrageneracional. Los niveles de fortuna observados en los diferentes oficios son también de un gran interés. Las cifras aquí proporcionadas son las medias. Con una muestra más amplia sería preferible recurrir a los modos, si bien se debe tener en cuenta que los oficios y los grupos sociales no están ordenados según jerarquías netas o unidades discretas, compactas: el nivel de riqueza de una profesión dada varía ampliamente según sus miembros, su abanico recorta ampliamente el de los otros oficios (problema despreciado a menudo por los sociólogos de la estratificación y la movilidad).

\*

En mi primer ejemplo supuse que la profesión no cambia en el curso del ciclo de vida. Esta simplificación era aceptable porque no me interesaba más que en el efecto que la pertenencia a un oficio ejercía sobre la siguiente generación, y no en los movimientos profesionales intrageneracionales. Sobre esa cuestión quiero volver ahora. En particular, deseo demostrar que la trayectoria individual incluía a menudo la práctica de otro oficio, pero que este aparente cambio profesional no constituía un caso real de movilidad. Me refiero aquí a la integración de las tareas agrícolas y artesanales según combinaciones que eran a menudo establecidas de manera rígida. Así, en ciertas villas sucedía que los



hombres todavía jóvenes practicaban temporalmente un oficio artesanal, para retomar la agricultura en la vejez. En ese sentido las tasas de movilidad profesional aparentemente elevadas son engañosas.

En el periodo 1818-1840 existen en Turín 63 000 registros de migrantes estacionales (para una ciudad que no contaba más que con alrededor de 100 000 habitantes). Registros establecidos por la autoridad, concernían a personas que rentaban una cama o un amueblado. Se les preguntaba su nombre, la fecha de llegada a Turín, su ciudad o pueblo de origen, su edad y su actividad. Por el nombre se puede también deducir su sexo, pero los inmigrantes que declaraban un oficio eran menos del 5% del total, efectivamente muy débil para establecer tendencias (estoy conciente de las limitaciones que ello impone a este artículo. Pienso que habrá que revisar todas estas observaciones a la luz de las interacciones entre los papeles masculinos y femeninos en el análisis de la estratificación y la movilidad).

De esos 63 000 migrantes estacionales, más de 12 000 eran albañiles, casi todos provenían de zonas muy específicas: la región alrededor de Biella (una región montañosa entre Milán y Turín), la región alrededor del Como, y el Cantón suizo de Tessin. Los otros oficios representados numéricamente eran los carpinteros y otros obreros de la construcción; los sastres y los zapateros; y en fin los trabajadores no calificados, en su mayor parte gañanes, porteros de caza, etcétera.

Los datos sobre los albañiles de Biella pueden ser utilizados para construir un modelo estadístico teórico (cuadro 2). Supongamos que todos los albañiles provenientes de la región de Biella durante un año dado hubieran nacido en un mismo poblado, y que esa villa tuviera una población en la cual los grupos de edades siguieran una distribución estándar.<sup>5</sup> Supongamos enseguida que el grupo de edad que más emigra (16-20 años) lo hace en su totalidad. Podemos así calcular el tamaño de los otros grupos de edad y la población total de esa villa imaginaria (que es de 1363 individuos en nuestro ejemplo), así como cuál es el porcentaje de cada grupo de edad que emigra. Si observamos la última columna del cuadro, se nota un resultado aún más sorprendente: los efectivos de los grupos de edad por debajo de treinta años son todos de tamaño bastante similar. Cada año, quienes emigran son en primer lugar los de 16-23 años (representan el 60% de los emigrantes). En los otros grupos de edad, la emigración disminuye

<sup>5</sup> Utilicé uno de los modelos de Coale y Demeny, que describe una población dotada de una tasa de mortalidad en todas las edades más bien elevada y una tasa de natalidad relativamente baja; A.J. Coale et P. Demeny, *Regional Model Life Tables and Stable Populations*, 2ª ed., Academic Press, New York-Londres, 1983.

Cuadro 2. Modelos de migración por edad

Albañiles 1836 Grupo de edad	% teóricos por grupo de edad	Emigrantes (reales)	Población teórica 1836	% de emigrantes en cada grupo de edad	Población no-emigrante
0-10	28.8	3	393	0.8	390
11-15	9.7	53	132	40.2	79
16-20	9.1	124	124	100.0	
21-25	7.5	81	102	79.4	21
26-30	7.0	72	95	75.8	23
31-35	6.8	34	93	36.6	59
36-40	6.6	34	90	37.8	56
41-45	6.4	23	87	26.4	64
46-50	6.2	12	85	14.1	73
51-55					
56-60	6.6	11	90	12.2	79
61	5.3	5	72	6.9	67
Total	100.0	450	1363		

Sastres 1836 Grupo de edad	Porcentajes teóricos por grupo de edad	Emigrantes (reales)	Población teórica 1836	Porcentaje de emigrantes en cada grupo de edad	Población no-emigrante
0-10	28.8		312		312
11-15	9.7	8	105	7.6	97
16-20	9.1	93	98	94.9	5
21-25	7.5	81	81	100.0	
26-30	7.0	37	76	48.7	39
31-35	6.8	15	73	20.5	58
36-40	6.6	13	71	18.3	58
41-45	6.4	3	69	4.3	66
46-50	6.2	4	67	6.0	63
51-55					
56-60	6.6	7	71	9.9	64
61	5.3	2	57	3.5	55
Total	100.0	263	1080		

Gañanes 1836 Grupo de edad	Porcentajes teóricos por grupo de edad	Emigrantes (reales)	Población teórica 1836	Porcentaje de emigrantes en cada grupo de edad	Población no-emigrante
0-10	28.8		141		141
11-15	9.7	4	47	8.2	43
16-20	9.1	24	44	54.5	20
21-25	7.5	28	36	77.8	12
26-30	7.0	34	34	100.0	
31-35	6.8	12	33	36.4	21
36-40	6.6	23	32	71.9	9
41-45	6.4	13	31	41.9	17
46-50	6.2	18	30	60.0	12
51-55					
56-60	6.6	15	32	46.9	17
61	5.3	6	26	23.1	20
Total	100.0	177	486		

drásticamente: representa solamente el excedente en relación con los grupos, cuantitativamente homogéneos, de los que vuelven a la tierra en el cuadro de una estructura de la propiedad poco más o menos inmóvil. Dicho de otra manera, se observa que aun la emigración hacia una profesión especializada como la de los albañiles, no era, en esta región, y en la mayoría de los casos, más que una simple fase del ciclo de vida de los campesinos. Emigrar para hacerse albañil no era más que una forma temporal de emigración, en espera de que una oportunidad se abriera en su pueblo. Esos hombres jóvenes deben haber emigrado esperando ocupar un día los lugares que dejaban vacantes por envejecimiento o muerte las viejas generaciones: para ellos ser albañil venía a ser como instalarse en una sala de espera. Es solamente una pequeña porción del total de albañiles emigrados la que se puede considerar como excedente (en relación con las posibilidades del pueblo) y que permanece emigrada y adquiere el oficio de albañil de manera definitiva. Naturalmente es necesario tener en cuenta también la erosión progresiva de las diferentes cohortes por el efecto de la mortalidad. Es considerando las víctimas de la mortalidad, el número relativamente débil de emigrantes definitivos, y el número mucho más elevado de los emigrantes temporales, como se obtiene una imagen de este tipo de comunidad —una comunidad que aparentemente abandonó la agricultura, pero que en realidad la colocó en el centro de sus preocupaciones. Los censos locales registran masas enormes de albañiles, pero el efecto es ampliamente

ilusorio, tanto porque en el campo los campesinos continuaban declarándose albañiles, como porque no habían practicado ese oficio durante años. Los campesinos tenían tendencia a considerar su papel de campesino menos como un oficio que como una condición de vida natural; así cuando se les preguntaba su profesión, mencionaban la que practicaban cuando eran jóvenes.

Si se realiza con los sastres la misma operación que con los albañiles, se encuentra un esquema muy similar. En cambio, la situación es muy diferente con los trabajadores comunes, no calificados, o cuyo oficio es considerado poco calificado, como los gañanes; en este grupo no se puede construir un modelo ordenado, pues hay una especie de anarquía en las edades de emigración. Aquí sin duda, estamos frente a una emigración que es de hecho, definitiva —la expulsión de los miembros más pobres de la comunidad, que están al margen del sistema riguroso de reproducción que se observa entre los albañiles y los sastres.

Peter Laslett ha descrito el fenómeno de los *life-cycle servants*, esos domésticos que no lo son más que por un periodo limitado de su vida, y ha avanzado que ese fenómeno era una especificidad de la estructura de la familia inglesa. Ahora bien, el modelo piamontés parece estar muy próximo, excepto en lo que concierne a oficios muy calificados, fuertemente monopolizados por los migrantes provenientes de ciertas regiones (esto vale también para los albañiles y los sastres). Ello vuelve a poner en cuestión la idea de una particularidad de modelos familiares y nupciales ingleses —los cuales puede ser que necesiten otro examen en un cuadro comparativo más amplio, fuera del círculo de la domesticidad.

La ley relativa a ese tipo de emigración puede ser enunciada como sigue:

$$R_t = \sum_{x=e}^f N_t = -e \cdot P_x^t \cdot D_x^t$$

ó

R = retorno al pueblo de origen

N = nacimientos

P = probabilidad de sobrevivencia

D = edad de deceso de la generación precedente

En otros términos, el número de personas que retornan al pueblo en el instante  $t$  para volverse campesinos sedentarios (y casarse) después de haber sido albañiles, es igual al tamaño de la cohorte en el momento de su emigración, multiplicada por su probabilidad de sobrevivencia hasta el año  $t$ , y por la probabilidad de decesos de los padres (o de quien recibe una herencia) en  $t$ . La cohorte examinada se instala entre  $t-e$  (siendo  $e$  la edad mínima en la cual se da un nivel significativo de emigración) en  $t-f$  (siendo  $f$  la edad máxima de fuerte emigración). En nuestro caso,  $f-e = 15$  para el grupo de 16-30 años.

Por otra parte los cuadros 3 y 4 presentan otras características de los albañiles: en ellos se observa que su emigración era mucho más estacional que la de otras profesiones. La de los no calificados, en particular, no era prácticamente estacional. Esta constatación confirma que existían individuos desarraigados que no migraban en función de los ritmos agrícolas y de las estaciones muertas. Se muestra también que la edad de los migrantes era más baja a mitad del año. La estancia de los jóvenes migrantes en Turín era más corta y comenzaba más tardíamente, a partir de abril o mayo solamente. En fin, se puede notar que, entre los migrantes, los albañiles y los trabajadores no calificados representaban una fracción más importante de la población teórica total que los sastres.<sup>6</sup>

Cuadro 3. Mes de llegada a Turín por grupo de edad (albañiles y sastres)

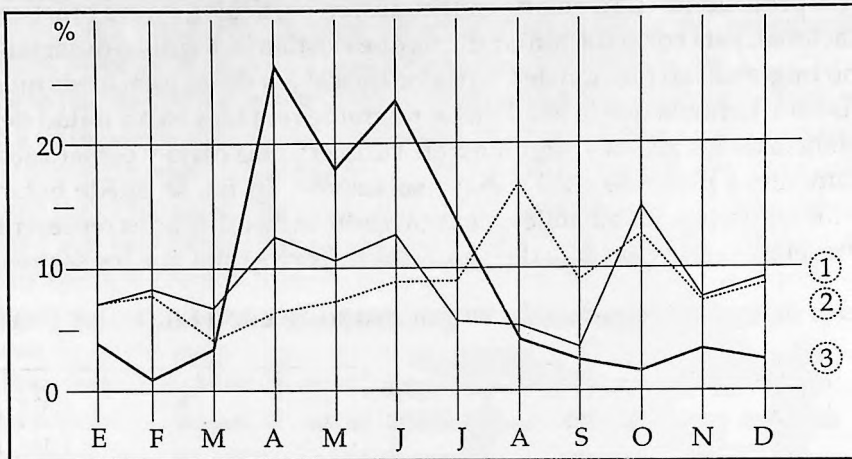
Albañiles(1828)	JFM	%	AMJ	%	JAS	%	OND	%
0-20	17	32.7	62	41.6	43	55.8	6	42.9
21-30	19	36.6	53	35.6	25	32.5	6	42.9
31-50	9	23.0	26	17.4	4	5.2	2	14.2
51 —	4	7.7	8	5.4	5	6.5		
	52		149		77		14	
Albañiles(1836)								
0-20	6	20.7	132	41.8	35	40.7	9	31.0
21-30	13	44.8	107	33.9	26	30.2	11	37.9
31-50	9	31.0	69	21.8	18	20.9	9	31.0
51 —	1	3.5	8	2.5	7	8.1		
	29		316		86		29	
Sastres (1828)								
0-20	21	38.9	24	49.0	23	52.3	38	54.3
21-30	26	48.1	23	46.9	15	34.1	25	35.7
31-50	6	11.1	2	4.1	6	13.6	6	8.6
51 —	1	1.9					1	1.4
	54		49		44		70	
Sastres (1836)								
0-20	15	28.8	40	45.5	15	37.5	31	37.5
21-30	27	51.9	36	40.9	16	40.0	38	46.3
31-50	8	15.4	10	11.4	6	15.0	11	13.4
51 —	2	39.9	2	2.3	3	7.5	2	2.4
	52		88		40		82	

Cuadro 4. Emigrantes de todas las edades en porcentajes de la población teórica total

	Albañiles	Sastres	Gañanes
1828	32.8	19.9	27.0
1836	33.1	24.4	36.4

<sup>6</sup> Precisemos que se ha postulado que la población teórica total original tenía la misma distribución por edad en los tres casos. Seguramente habría sido más riguroso construir una distribución para cada uno de ellos, pues siendo diferentes las comunidades de origen, lo serán también los caracteres demográficos de la población total.

Figura 1. Tasa de emigración de sastres (1), gañanes(2) y albañiles(3), por mes, en 1836.



\*

Los ejemplos presentados nos recuerdan dos ideas relativamente triviales: que la sociedad es más compleja de lo que nuestros esquemas clásicos nos han permitido ver ( como aquellos que reposan en clases y órdenes sociales concebidos como bloques homogéneos, separados por fronteras rígidas, definidas de la misma forma para todo el mundo); y que al mismo tiempo, existen regularidades en las conductas que revelan un comportamiento compartido (y relativamente uniforme) entre grupos homogéneos. Sin embargo, la convergencia de actitudes no es mecánica, ligada a la posición en la jerarquía social: esto no es más que una abstracción. No puede darse cuenta de una conciencia de grupo, o de modelos de comportamiento colectivos, más que recurriendo a una muestra para analizar concretamente los procesos que generan las agregaciones y las solidaridades. Ello plantea el problema de los lazos entre los individuos y las normas sociales. Debemos admitir que las elecciones individuales están guiadas por sistemas de normas y prescripciones que son diversificados, móviles y contradictorios.

Cuando construimos modelos (cualquiera sea la flexibilidad que creemos haberle dado), tenemos inconscientemente la tendencia a ligar las acciones de los individuos a obligaciones más bien rígidas, cuando en la realidad ese universo de modelos sociales compartidos ofrece vastos márgenes de elección. Me parece que los historiadores pueden aportar una contribución útil a estas cuestiones subrayando hasta qué punto esas reglas son

complejas, describiendo las fronteras en las que los hombres, conscientemente o no, trazan sus universos, pero también los márgenes de elección, de negociación en lo que concierne a la utilización de los recursos.

Es necesario no confundir el grado de movilidad de una sociedad con su nivel de apertura: a veces se tiene la impresión de que el hecho de describir las sociedades preindustriales como una jerarquía rígida de órdenes sociales ha contribuido a reforzar el modelo ideológico de la fluidez de las sociedades industriales —la confusión entre movilidad y apertura desemboca en una apología de las sociedades contemporáneas. No es ciertamente a través de esta polarización simplista que se puede aprehender la diferencia entre estos dos tipos de sociedades. Esta reside más bien en los modelos culturales que sostienen la organización, la representación y la legitimación de sistemas de desigualdad —sistemas que, sin embargo, no excluyen estrategias de movilidad complejas.

El plan de trabajo que los mismos historiadores tienen erigido seguramente es trastornado frecuentemente por los acontecimientos políticos del momento. Es verosímil que las tendencias a la sectorización, en marcha en Europa desde hace algunos años, que hicieron estallar la lucha de clases para hacerla pasar a la lucha de pequeños grupos de interés poco solidarios entre ellos, haya llevado a preguntarse cómo se constituye la uniformidad de comportamiento y la solidaridad; cómo se establecen las fronteras entre los grupos, las prácticas de exclusión del otro y las definiciones simbólicas.

Los ejemplos que presenté muestran que no se puede concebir a unidades macroscópicas, como las categorías profesionales, como necesariamente homogéneas o solidarias. La existencia o no de solidaridades depende en gran parte de procesos que han llevado a la formación de esas unidades. Así, nuestros albañiles o nuestros sastres son grupos auténticamente solidarios dotados de una fuerte organización centrada en el trabajo, de hecho, relaciones duraderas y múltiples que los ligan fuertemente a sus pueblos. Por el contrario, los gañanes llegados a Turín por otros mecanismos no conocen esos lazos, aunque parezcan compartir la misma condición que los otros migrantes estacionarios de la ciudad.

Esos ejemplos no muestran ni una solidaridad simplemente fundada sobre intereses de clase, ni un conglomerado de individuos en conflicto, sino más bien una lógica rigurosa en la cual ciertos grupos crean solidaridades y definiciones de «clase» o de «oficio», y no de otras —mientras que, según criterios macroscópicos, su situación «objetiva» es idéntica.

Esto ilustra cómo similitudes aparentes pueden ocultar diferencias profundas en la condición individual, pero el efecto inverso también existe. Bajo la elección de tal persona o familia de entrar en oficios diferentes

pueden disimularse analogías en la estructura de los ingresos sobre el ciclo de vida, que reúnen profesiones variadas, y podrían constituir la base de solidaridades imprevistas.

Evidentemente no se trata solamente de un problema descriptivo. Por el contrario se trata de corregir una perspectiva estrechamente economicista que no sería justo atribuir exclusivamente al marxismo. Es más bien el optimismo positivista el que ha sugerido, también a los historiadores, una jerarquización en un solo sentido entre las relaciones de producción y la estratificación social. Los problemas que mis ejemplos plantean indican una relación más compleja entre la producción y el dominio de la distribución, de la circulación y el consumo. Solidaridades y desigualdades son los productos no mecánicos de esa complejidad. Poner el acento en el modo de producción ha contribuido a construir una imagen determinista, en la cual la subordinación a la lógica de la producción torna casi indiferentes los otros aspectos que influyen sobre la desigualdad social: la familia de origen, la edad, el sexo, la proveniencia regional o étnica.<sup>7</sup> Más allá del lugar que cada uno ocupa en las relaciones de producción, las posibilidades de los individuos para actuar en el medio social están ligadas a las condiciones materiales y culturales que concurren a volver más variada la gama de posiciones sociales. Las condiciones de vida, la desigual distribución social de posibilidades y suertes que presiden la estratificación y que en su autonomía relativa, condicionan los procesos económicos y las relaciones de producción, deben tornarse de nuevo en campo de estudio fundamental para los historiadores.

Traducción del francés: Hilda Iparraguirre

<sup>7</sup> Observaciones muy interesantes a este propósito en N. Negri, «La propiedad privada e un vero problema?» en *Sisifo*, número 19, abril 1990, pp. 32-35.